

zar su perdón. Y después, ¡adiós, orgullo! En mi amada está, como en otro tiempo, el cielo. Toda la fama que alcance, las grandezas á que me eleve, me llenarán con goce doble, pues las comparte conmigo la mujer que duplica mi valer. ¡Adiós! Tengo que marcharme; necesito, por lo menos, hablar con los Guilbert.

CARLOS.—Aguarda siquiera hasta después de comer.

CLAVIJO.—Ni un momento. (Vase.)

CARLOS.—(Lo ve marchar, y queda un momento silencioso.)
¡Uno que vuelve á hacer la gran tontería! (Vase.)

ACTO TERCERO

Casa de Guilbert.

SOFÍA. GUILBERT. MARÍA. BEAUMARCHAIS.

MARIA.—¿Le has visto? Estoy toda temblando ¿Le has visto? Yo, sólo de oír que venía, hube de perder el sentido, ¡y tú le has visto! No; yo no... yo le... no; yo no puedo volverle á ver jamás.

SOFÍA.—Cuando entró, no supe lo que me pasaba; porque... ¡ay! ¿Acaso no le quería también con el cariño más completo, más puro y más fraternal? ¿No me martirizó, no me puso enferma su alejamiento? ¡Y verle ahora volver arrepentido á mis pies! Hermana; no sé qué hay en su mirada, en el sonido de su voz, que hechiza.

MARIA.—¡Nunca, nunca; jamás!

SOFÍA.—Es el mismo de antes, bueno, dulce, sensible; el mismo vehemente, apasionado. Siempre codicioso de cariño, mortificado y congojoso cuando no se le muestra inclinación. ¡Igual! ¡Igual! ¡Y de ti habla, María, como en aquellos venturosos días de fogosidad apasionada! Diríase que tu ángel protector fué quien ocasionó este intervalo de infidelidad y alejamiento, para interrumpir la uniformidad y languidez de tan largas relaciones, y darles nuevo sentimiento de viveza.

MARIA.—¿Hablas en su favor? ¿Defiendes su causa?

SOFIA.—No, hermana, ni tampoco se lo he prometido. ¡Pero, vida mía! Veo las cosas como son: tú y nuestro hermano las veis con un color excesivamente romántico. Tienes de común con muchas buenas muchachas, que tu novio te fué muy infiel y te dejó. Pero eso de que vuelva arrepentido á enmendar sus faltas y á renovar todas las esperanzas antiguas, es una dicha que otra no rechazaría fácilmente.

MARIA.—¡Se me desgarraría el corazón!

SOFIA.—Lo creo: el primer momento te causará impresión penosísima. Pero, mira, hijita: no tomes ese temor, esa confusión que parece dominar todos tus sentidos, por efecto del odio ni de aversión alguna. Tu corazón habla por él más de lo que crees, y si desconfías de ti misma al volverlo á ver, es precisamente por la vehemencia con que deseas su vuelta.

MARIA.—¡Ten compasión!

SOFIA.—Has de ser feliz. Si yo comprendiera que le despreciabas, que te era indiferente, no hablaría una palabra más, ni él me hubiera vuelto á ver. Pero en este caso, querida mía, tú me agradecerás el haberte ayudado á vencer esta irresolución penosa, signo profundo de cariño.

GUILBERT. BUENCO.

SOFIA.—¡Venga usted, Buenco; Guilbert, ven! Ayúdenme á dar ánimos á esta niña para que se decida, ahora que es la ocasión.

BUENCO.—Yo quisiera atreverme á decirle: «no lo vuelva usted á mirar á la cara.»

SOFIA.—¡Buenco!

BUENCO.—Mi corazón se subleva en el pecho al pensar que este ángel va á volver al poder de quien tan indignamente la ha ofendido, llevándola hasta el borde del sepulcro. ¿Por qué la ha de poseer? ¿Por qué razón quiere componer ahora lo que él mismo rompió? ¿Porque se le antoja volver y decir: «Ahora me conviene, ahora la quiero»? ¿Como si esta excelente criatura fuese alguna mercancía averiada, que después de haber sido traída y llevada por los mercados, rebajada por ofertas ínfimas, se arroja de cualquiera manera al comprador! No, mi voto no lo tendrá, aunque en su favor hablase el corazón de María. ¡Volver! ¿Y por qué vuelve ahora? ¿Necesitó esperar la llegada de un hermano arrojado, cuya venganza teme, para venir á pedir perdón, como un chico de escuela castigado? ¡Ah! ¡Es tan cobarde como malvado!

GUILBERT.—Usted habla como español y como si no conociese á los españoles. En este momento nos amenaza un gran peligro que ninguno de ustedes ve.

SOFIA.—¡Guilbert querido!

GUILBERT.—Admiro el alma emprendedora de nuestro hermano; he observado en silencio su comportamiento heroico, y deseo que todo termine en bien, decidiéndose María á dar su mano á Clavijo (sonriendo), que ya tiene su corazón.

MARIA.—¡Eres cruel!

CAPILLA

SOFIA.—¡Óyete, por Dios! ¡Óyete!

GUILBERT.—Tu hermano ha obtenido de él una declaración que te justifica á los ojos de todo el mundo, y que nos perderá.

BUENCO.—¿Cómo?

MARIA.—¡Oh, Dios!

GUILBERT.—La escribió con la esperanza de ablandarte. Si no te conmueves, hará todo lo posible por anular ese papel; puede hacerlo, y lo conseguirá. Tu hermano pretende imprimirlo y publicarlo en seguida que vuelva de Aranjuez. Si tú no cedés, ¡temo que no vuelva!

SOFIA.—¡Guilbert mio!

MARIA.—¡Yo me muero!

GUILBERT.—Clavijo no puede dejar aparecer semejante escrito. Si rechazas su proposición y él es hombre de honor, irá á buscar á tu hermano, y uno de los dos quedará en la demanda. Tu hermano está igualmente perdido, si muere ó si vence. ¡Extranjero en España, dando muerte á este cortesano favorito! Hermana, es muy bueno pensar y sentir caballerosamente, pero acaba uno consigo y con los suyos.

MARIA.—¡Aconséjame, Sofia; ayúdame!

GUILBERT.—Buenco; impúgneme usted.

BUENCO.—No lo hará; temerá por su vida. De otro modo, no habría escrito ni ofrecido su mano á María.

GUILBERT.—Tanto peor; encontrará cien que le presten su brazo. Cien que vilmente quitarán á nuestro hermano la vida en el camino. ¡Ah, Buenco! ¿Eres tan novicio que no creas á un cortesano capaz de pagar asesinos?

BUENCO.—El Rey es grande y bueno.

GUILBERT.—¡Ánimo, entonces! A través de las murallas que le rodean, de las guardias, del ceremonial y de todo aquello con que los palaciegos lo han separado de su pueblo, dará un salto y vendrá á salvarnos. ¿Quién viene?

Entra CLAVIJO.

CLAVIJO.—¡Es necesario! ¡es necesario que la vea!

MARIA.—(Da un grito y cae en brazos de Sofia.)

SOFIA.—¡Inhumano! ¡En qué situación nos pone usted! (Guilbert y Buenco se dirigen á ella.)

CLAVIJO.—¡Sí, ella es! ¡Ella es, y yo soy Clavijo! Escúcheme usted, amiga mía, aunque no me quiera mirar. En el tiempo en que Guilbert me recibió amistosamente en su casa, cuando yo no era más que un joven insignificante y sentía por usted en mi corazón pasión irresistible, ¿había algún mérito en mí? ¿No fué más bien por conformidad de los caracteres y secreta simpatía por lo que usted sintió hacia mi inclinación al principio, y luego pude lisonjearme de poseer su corazón entero? ¿Pues no soy ahora el mismo? ¿No es usted la misma también? ¿Por qué no he de atreverme á esperar? ¿Por qué no he de pedir? ¿No recibiría usted en sus brazos á un hermano, á un amigo, si salvado por modo inesperado, después de peligrosa y desgraciada navegación, en que le creyó perdido, viniese á poner á los pies de usted su vida? ¿Y he flotado yo en mar menos tormentoso? ¿Son menos tremendas é indómitas

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIV.

nuestras pasiones, con las cuales combatimos toda la vida, que aquellas olas que empujan á los desgraciados lejos de su patria? ¡María! ¡María! ¿Cómo puede usted odiarme, si yo no la he dejado de querer? En medio de toda la embriaguez, á través de todos los acentos seductores de la vanidad y del orgullo, siempre he recordado aquellos días felices y sin cuidados que pasaba en venturosa medianía á sus pies, cuando se extendían ilimitadas, floridas perspectivas ante nosotros. ¿Por qué no quiere usted realizar ahora conmigo todas aquellas esperanzas? Y porque entre ellas se interpuso un intervalo sombrío, ¿no ha de gozar la dicha de la vida? Créame, amiga mía; no hay delicias en la vida, por muy altas que estén, que nuestras pasiones ó la fatalidad no interrumpen. ¿Hemos de quejarnos porque nos sucede lo que á los demás y hacernos culpables, rechazando la ocasión de restablecer lo pasado, consolando una familia perturbada, recompensando la acción heroica de un hermano y afianzando nuestra felicidad para siempre? Amigos míos, cuyo afecto no he merecido. Amigos míos, que debéis serlo porque sois amigos de la virtud, á la cual vuelvo, unid vuestros ruegos á los míos. ¡María! (Cae de rodillas) ¡María! ¿Ya no conoces mi voz? ¿No oyes ya los acentos de mi corazón? ¡María! ¡María!

MARIA.—¡Oh, Clavijo!

CLAVIJO.—(Se levanta y llena su mano de apasionados besos.) ¡Me perdona, me quiere! (Abraza á Guilbert y á Buenco.) Me ama todavía; ¡me lo decía el corazón! Si me hubiese arrojado á tus pies mudo, llorando mi dolor y mi

arrepentimiento, me habrías entendido sin palabras, como yo sin palabras recibo mi perdón. No; esta inter-afinidad de nuestras almas no se ha extinguido; nos entendemos lo mismo que antes, cuando no necesitábamos sonido ni signo alguno para comunicarnos nuestras más íntimas emociones. ¡María! ¡María! ¡María!

BEAUMARCHAIS llega.

BUAMARCHAIS.—¡Ah!

CLAVIJO.—(Lanzándose hacia él.) ¡Hermano!

BEAUMARCHAIS.—¿Le perdonas?

MARIA.—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Me muero! (Se la llevan.)

BEAUMARCHAIS.—¿Le ha perdonado?

BUENCO.—Así parece.

BEAUMARCHAIS.—No merece su dicha.

CLAVIJO.—Creed que así lo reconozco.

SOFÍA (de vuelta).—¡Le perdona! Esta hecha un mar de lágrimas. «Que se aleje,» ha dicho sollozando, «para que yo me serene. Le perdono ¡ah, hermana!» exclamó echándome los brazos al cuello. «¿Cómo sabe que le amo tanto?»

CLAVIJO.—(Besándole la mano.) ¡Soy el hombre más feliz de la tierra, hermano!

BEAUMARCHAIS.—Sea entonces de corazón (lo abraza). Aunque todavía no me es posible ser su amigo, no puedo dejar de quererle. Sea usted de los nuestros, y que todo se olvide. El papel que usted me ha dado está aquí. (Lo saca de la cartera, lo rompe y se lo da.)

CLAVIJO.—Vuestro soy para siempre.

SOFIA.—¡Por Dios! Váyase usted para que no le oiga y pueda tranquilizarse.

CLAVIJO.—(Da la vuelta abrazando á todos.) ¡Adiós! ¡Adiós! Mil besos á mi ángel. (Vase.)

BEAUMARCHAIS.— ¡No hay que hacerle! ¡Yo hubiese deseado que fuera de otra manera! Esta criatura es una infeliz, y no puedo ocultaros que esto era lo que deseaba nuestro embajador; que perdonase María y terminase en casamiento esta desagradable historia.

GUILBERT.—A mí igualmente me parece muy bien.

BUENCO.—Es cuñado de ustedes, y me despido: en su casa no me volverán á ver.

REAUMARCHAIS.—¡Caballero!

GUILBERT.—¡Buenco!

BUENCO.—Le detesto hasta el día del juicio. ¡Y tengan ustedes mucho cuidado con ese hombre! (Vase.)

GUILBERT.—Es un hipocondríaco, un pájaro de mal agüero: ya se dejará convencer con el tiempo, cuando vea que todo va bien.

BEAUMARCHAIS.—Sin embargo, fué precipitado el devolverle el papel.

GUILBERT.—No importa. ¡Déjate de aprensiones! (Vanse.)

ACTO CUARTO

Casa de Clavijo.

CARLOS.

Quando un hombre, por sus dilapidaciones ó por otras locuras, da muestras de tener el juicio trastornado, es cosa equitativa nombrarle un tutor. Si esto hace la justicia, que no se inquieta gran cosa por nosotros, ¿cómo no hemos de hacerlo con un amigo? ¡Mal estáis, Clavijo! Sin embargo, aún tengo esperanzas. Aunque sólo conserves la mitad de tu docilidad anterior, todavía estoy á tiempo de evitarte una locura que, dada la vehemencia de tu carácter y de tu sensibilidad, haría la desgracia de tu vida, llevándote antes de tiempo á la fosa. ¡Aquí viene!

Entra CLAVIJO pensativo.

CLAVIJO.—¡Buenos días, Carlos!

CARLOS.—¡Melancólico apretón de manos! ¡Buenos días! ¿Vienes con ese humor de casa de tu novia?

CLAVIJO.—¡Es un ángel! ¡Son excelentes!

CARLOS.—No iréis tan deprisa en lo de la boda, que no haya tiempo para mandarse bordar un traje.

CLAVIJO.—Búrlate cuanto quieras. En nuestra boda no habrá parodias de trajes bordados.

CARLOS.—Eso creo yo muy bien.

CLAVIJO.—El lujo de esta fiesta será la buena armonía y la satisfacción de nosotros mismos.

CARLOS.—¿Haréis el casamiento á cencerros tapados?

CLAVIJO.—Como personas que tienen conciencia de ser el fundamento de su propia dicha.

CARLOS.—Atendidas las circunstancias, está bien.

CLAVIJO.—¡Circunstancias! ¿Qué entiendes tú por las circunstancias?

CARLOS.—Como es la cosa en sí, y á lo que obliga.

CLAVIJO.—Escucha, Carlos: no puedo tolerar, en los amigos, las reticencias. Sé que no estás por este casamiento; si tienes que decir algo contra él, dilo de frente. ¿Qué quieres decir con eso de «como es la cosa en sí y á lo que obliga»?

CARLOS.—En la vida suceden muchas cosas extraordinarias, y peor fuera que todo marchase por sus carriles. No tendría uno de qué maravillarse ni de qué hablar al oído, ni nada que contar en sociedad.

CLAVIJO.—Eso sí, ruido, lo hará.

CARLOS.—¿La boda de Clavijo? ¡Por supuesto! ¡Hay tantas muchachas en Madrid que tienen puestos los ojos en ti, tantas que esperan en ti, y jugarles ahora esta partida!

CLAVIJO.—Pues así es.

CARLOS.—Es singular. He conocido pocos hombres que causen tan grande y general impresión en las mu-

eres como tú. En todas las situaciones hay muchachas que echan sus planes y sus miras para atraparte. Una pone en cuenta su belleza, otra su riqueza, su posición, su ingenio, su parentela. ¿Cuántos cumplimientos no me hacen á mí por amor tuyo? Porque, preciso es confesarlo: ni mi nariz chata, ni mi cabeza crespa, ni mi aversión por las mujeres, me los merecen.

CLAVIJO.—¡Te chanceas!

CARLOS.—Si no hubiera tenido en mis manos proposiciones, ofertas, garabatitos escritos por manitas delicadas y tan sin ortografía como es de rigor en el billete amoroso de una joven, aun podría ser. ¡Mas de una guapa dueña ha caído en mis redes con este motivo!

CLAVIJO.—¿Y nada me has dicho de todo eso?

CARLOS.—Porque no quería ocuparte en bagatelas y no podía aconsejarte, por ningún concepto, que te dedicases á una mujer sola. ¡Oh, Clavijo! He tomado tan á pecho tu suerte, como la mía propia. No tengo más amigo que tú, todos los hombres me son insoportables, y tú comienzas también á sérmelo.

CLAVIJO.—Por favor te pido que no te incomodes.

CARLOS.—¡Quémasele á uno su casa, que ha tardado diez años en construir, y le mandan un confesor para recomendarle la paciencia cristiana! ¡No debe uno interesarse más que por uno mismo, no lo merecen los hombres!

CLAVIJO.—¿Vuelves á tus negras manías?

CARLOS.—Y si me vuelvo á ellas, ¿quién tendrá la culpa sino tú? Yo me decía: ¿Qué le importa en la actuali-

dad el casamiento más ventajoso? Si otro cualquiera se contentaría con haber andado tanto camino con sus dones y su talento, él no puede permanecer donde está. Yo hacía mis proyectos. Hay pocos hombres que sean á la vez tan emprendedores y tan prudentes, tan listos y tan aplicados. En todos los puestos está bien; como archivero puede adquirir, en poco tiempo, importantes conocimientos; se hará necesario, y en cuanto haya un cambio, será ministro.

CLAVIJO.—Te confieso que con frecuencia fueron esos también mis sueños.

CARLOS.—¿Sueños? Tan cierto, como subo á lo alto de una torre si me llego á ella con el firme propósito de no dejarla hasta haberlo alcanzado, tan cierto hubieras vencido todas las dificultades. Lo demás, no me daría cuidado. ¿No tienes rentas por tu casa? tanto mejor; esto te haría más afanoso para ganar y más atento para guardar, y el que maneja la hacienda pública y no se hace rico, es un tonto. Después de todo, no veo por qué no ha de deber tantas gabelas el país al ministro como al rey. Éste pone el nombre, y aquél las fuerzas. Después de arreglado todo esto, pensaba en un buen partido para ti. Sé de más de una casa orgullosa que habría cerrado los ojos sobre tu origen; sé de más de una muy opulenta que habría pagado tu gasto, sólo por compartir la gloria del segundo rey... ¡y ahora!

CLAVIJO.—Eres injusto y rebajas demasiado mi situación presente. ¿Crees que no puedo ir más lejos ni dar aún grandes pasos?

CARLOS.—Querido, córtale á una planta la cabeza y echará innumerables renuevos, tal vez se hará una mata espesa; pero la regia esbeltez de su primer brote, pasó para siempre. ¿No te haces cargo que en la corte se verá con frialdad semejante boda? ¿Has olvidado cuántas personas te desaconsejaban estas relaciones, la unión con María? ¿Quiénes fueron los que te dieron la juiciosa idea de dejarla? ¿Necesito contártelos por los dedos?

CLAVIJO.—Ya he pensado, con sentimiento, que este paso o aprobarán pocas personas.

CARLOS.—¡Nadie! ¿Y quieres que no se enojen tus amigos de alta posición al ver que, sin pedirles consejo ni parecer, te has sacrificado, como muchacho irreflexivo que trueca en el mercado su dinero por nueces averiadas?

CLAVIJO.—Carlos: eso es descortés y exagerado.

CARLOS.—No exagero ni una coma. Que por una pasión haga un hombre un desatino, pase; casarse con una camarera que es un ángel de hermosura, ¡bueno! El hombre será censurado, pero la gente le tendrá envidia.

CLAVIJO.—¡La gente! ¡Siempre la gente!

CARLOS.—Ya sabes tú que yo no voy azorado tras de cada uno pidiéndole su aprobación; sin embargo, siempre será verdad aquello de que «el que no hace nada por los otros no hace nada por sí»; y si los hombres no te admiran ó no te envidian, tampoco estás contento.

CLAVIJO.—El mundo juzga por las apariencias. ¡Oh! El que posee el corazón de María es bien digno de envidia.

CARLOS.—Las cosas son lo que parece. Pero realmente yo he pensado que deben estar muy ocultas las cualidades que hacen envidiable tu dicha, pues lo que uno ve con sus ojos y comprende con su inteligencia...

CLAVIJO.—Tú quieres desesperarme.

CARLOS.—¿Como ha pasado eso? preguntarán en la villa. ¿Cómo ha pasado eso? preguntarán en la corte. ¡Por amor de Dios! ¿Cómo ha pasado? Ella es pobre y sin linaje; si Clavijo no hubiese tenido ese capricho, nadie sabría que existía en el mundo. Será bien educada, agradable, inteligente, pero ¿quién elige mujer sólo por esas cualidades, que se quedan en los primeros tiempos del matrimonio? «¡Ah!, dice uno, debe ser guapa, hechicera, una belleza de primer orden.» «Entonces se comprende», dice otro.

CLAVIJO.—(Se turba y suspira.) ¡Ah!

CARLOS.—«¿Guapa?, sale una, ¡pasadera! No la veo hace seis años.» «Pues ya puede haber cambiado algo», dice otro. «Hay que estar con cuidado, porque nos la presentará pronto», añade un tercero. Todos preguntan, acechan, afánanse, esperan impacientes, recuerdan á Clavijo el orgulloso, que nunca se presentaba en público sin una soberbia española de abultado seno, rosadas mejillas y ojos de fuego, que parecía ir preguntando á cuantos la miraban. «¿No soy digna de mi caballero?» Y soltaba al viento, muy ufana, toda la cola de su vestido de seda, para hacer más vistosa y solemne su aparición. Ahora, aparece el caballero, y todo el mundo se queda sin saber qué decir. Preséntase con su francesa,

pequeña, de pasitos cortos, ojos hundidos y mostrando la consumpción en todos sus poros, á pesar de haber cubierto su color de muerte con blanquete y carmín. ¡Oh hermano! yo me desesperaré y echaré á correr cuando las gentes traten de cogerme y me pregunten, quieran investigar y no alcancen á comprender.

CLAVIJO (cogiéndole la mano).—¡Amigo, hermano! ¡Estoy en una situación tremenda! Te digo y te aseguro que me asusté al ver á María. ¡Que desfigurada está, que pálida, que destruída! ¡Oh! ¡Yo tengo la culpa! ¡Mi traición!

CARLOS.—¡Bobadas! ¡Manías! Ya estaba tísica cuando tu novela seguía su curso: te lo dije cien veces y... pero los enamorados no tenéis ojos ni narices. Clavijo; es horroroso olvidar de esta manera todo, todo. Una mujer enferma que traerá la peste á tu descendencia, de suerte que todos tus hijos y nietos, en llegando á cierta edad, se apagarán como lamparilla de mendigo.. Un hombre que podría ser tronco de una familia que quizá en lo porvenir... ¡me vuelvo loco, se me va la cabeza!

CLAVIJO.—¡Carlos! ¿Qué quieres que te diga? Al volverla á ver, en el primer impulso, mi corazón se fué tras ella; pero ¡ay! después... ¡compasión, lástima profunda sólo sentí!... ¡Amor!... Mira; fué como si en la plenitud de la alegría, me hubiese pasado por la nuca la mano fría de la muerte. Hice esfuerzos para estar alegre y fingirme el dichoso delante de aquellas personas que me rodeaban. Pero no había tal; todo era forzado

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

y penoso. Si hubieran estado menos preocupados, lo habrían conocido.

CARLOS.—¡Demonios! ¡Infierno! ¡Muerte! ¿Y te quieres casar? (Clavijo se queda pensativo sin responder.) Estás muerto; estás perdido para siempre. ¡Adios, hermano! Déjame olvidarlo todo y consumir mi vida solitaria, después de la fatalidad de tu ceguera. ¡Ah! ¡Está bueno eso! Hacerte despreciable á los ojos de todo el mundo, sin que lo disculpe siquiera la satisfacción de una pasión, de un deseo! ¡Adquirir por gusto una enfermedad que, arruinando tus fuerzas vitales, te hará repugnante á los ojos de los hombres!

CLAVIJO.—¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS.—¡Cuánto mejor hubiera sido que no te levantas nunca para no caer! ¿Con qué ojos verá esto el mundo? «Fué el hermano, dirán: no debe ser mal mozo, cuando le ha puesto las peras á cuarto. Clavijo no se atrevió á hacerle frente.» No dejarán de decir nuestros cortesanos, malas lenguas: «Bien se conoce que no es un caballero.» Y algún majadero, que tal vez no sería digno de ser tu lacayo, exclamará, echándose el sombrero sobre las cejas y dándose golpecitos en el vientre: «¡Ya podían venir francesitos á mí!»

CLAVIJO.—(Vertiende un torrente de lágrimas y con todas las señales de la más fuerte consternación, se echa al cuello de Carlos.) ¡Sálvame, amigo querido, sálvame! ¡Sálvame de un doble perjurio, de una vergüenza insoportable, sálvame de mí mismo! ¡Yo me muero!

CARLOS.—¡Pobre desdichado! Yo esperaba que ha-

brian pasado ya estas explosiones juveniles, estas lágrimas tormentosas, estos dolores mortales; esperaba que no te vería ya en las congojas lamentables que en otro tiempo tan amenudo descargabas en lágrimas sobre mi pecho. ¡Anímate! Clavijo, muestra que eres un hombre.

CLAVIJO.—Déjame llorar. (Se arroja en una silla.)

CARLOS.—¡Desdichado de ti, que has emprendido un camino que no terminarás! ¡Quieres aunar, con tu corazón y tus sentimientos, que harían la felicidad de un pacífico burgués, la malhadada afición á la grandeza! ¿Y qué es la grandeza, Clavijo? ¿Elevarse en consideración y en rango sobre los demás? ¡No lo creas! Si tu corazón no es más grande que el de los otros; si no te hallas en disposición de desprenderte, con toda tranquilidad, de trabas que sujetarían á un hombre vulgar, no serás, con todas tus cruces y tus estrellas, con la corona misma, sino un hombre vulgar. ¡Sosiégate! ¡Tranquilízate! (Clavijo se levanta, mira á Carlos y le coge la mano, que Carlos estrecha con fuerza.) ¡A ello, á ello! amigo mío, y decídetete. Mira, voy á prescindir de todo y decir: en los dos platillos de la balanza hay dos proposiciones. O te casas con María y te contentas con la vida tranquila del burgués, y sus pacíficas alegrías caseras, ó sigues tu carrera hacia la meta cercana, por el camino de la gloria. Yo prescindo de todo y contengo mi lengua. La balanza está en equilibrio. Tú decide de cuál de los lados se ha de inclinar. Sea lo que fuere, decídetete. No hay nada en el mundo más lastimoso que un hombre inde-

CAPILLA

ciso, que vacila entre dos sentimientos, queriendo conciliar los dos, sin comprender que nada puede conciliarlos, cuando precisamente la duda y la intranquilidad le afligen. Vamos; da tu mano á María; pórtate como hombre honrado, que sacrifica la felicidad de su vida á su palabra; que estima de su deber reparar el mal que ha causado; que por consecuencia, tampoco ha ensanchado el círculo de sus aspiraciones y de su actividad más allá del punto marcado, para poder reparar el mal que ha hecho. De esta manera gozarás la dicha de una medianía tranquila, la satisfacción de una conciencia escrupulosa, y toda la bienaventuranza concedida á aquellos hombres que son capaces de crear su propia dicha y hacer la alegría de los suyos. Decídetete, y confesaré que eres un buen muchacho.

CLAVIJO.—¡Una chispa, Carlos, de tu energía, de tu valor!

CARLOS.—Esa chispa duerme en ti; yo soplaré hasta que se haga llama. Por otra parte, mira la felicidad y la grandeza que te aguardan. No quiero pintarte este cuadro con colores deslumbrantes y poéticos. Tú mismo te lo has de representar con toda la viveza que tu alma lo veía, antes que el fogoso francés viniese á trastornarte el sentido. Mas para esto, Clavijo, también tienes que ser hombre resuelto é ir por tu camino, sin mirar á derecha ni á izquierda. ¡Ojalá se ensanche tu alma para que comprendas esta gran verdad! Los hombres extraordinarios, son precisamente extraordinarios porque sus deberes se separan de los deberes del común

de los hombres. Aquel cuya obra es abarcar un gran conjunto, gobernarlo y sostenerlo, no tiene por qué reprocharse el desatender intereses de menor importancia, el haber sacrificado pequenece por el bien general. Si esto hacen el Creador en la Naturaleza y el rey en sus Estados, ¿por qué no lo hemos de hacer nosotros á semejanza de ellos?

CLAVIJO.—¡Carlos! ¡Soy pequeño!

CARLOS.—No somos pequeños cuando las circunstancias nos apremian; lo somos cuando nos dominan. Otro esfuerzo más y vuelves á ser lo que has sido. Arroja lejos de ti los restos de esa pasión lastimosa que te viste tan mal en los presentes tiempos, como la chaquetilla gris y el aspecto modesto con que llegaste á Madrid. Lo que esa muchacha hizo por ti, se lo has recompensado con largueza. Y en cuanto al buen acogimiento que tuvo la suerte de ser la primera en darte, ¡oh! cualquiera otra hubiera hecho lo mismo ó más, sin tan elevadas pretensiones, sólo por tener el placer de tratarte. ¿Te se ocurriría dar á tu maestro de escuela la mitad de tus rentas, porque hace treinta años que te enseñó el A B C? ¡Vamos, Clavijo!

CLAVIJO.—Todo eso está bien; en conjunto, puedes tener razón; será así; pero ¿cómo vamos á salir del laberinto en que estamos metidos? Primeramente discutir, busca un remedio, y después hablaremos.

CARLOS.—Bueno. ¿Lo quieres así?

CLAVIJO.—Dame tú el que pueda, y querré. Yo no reflexiono; hazlo por mí.

CARLOS.—Entonces, bueno. Primeramente vas á citar á ese señor á un sitio á propósito, para exigirle, con la espada en la mano, que te devuelva la declaración que has escrito, forzado y sin reflexionar.

CLAVIJO.—Ya la tengo: la rompió él y me la dió.

CARLOS.—¡Magnífico! ¡Excelente! El primer paso está dado; ¡y me has dejado hablar tanto tiempo! Entonces será la cosa más breve. Vas á escribir, con la mayor tranquilidad, «que no tienes por conveniente casarte con su hermana, y que sabrá los motivos que á ello te mueven si esta noche, acompañado de un amigo y provisto de las armas que guste, viene á encontrarte en tal ó cual lugar.» Y con esto firmas. Anda, Clavijo; escribe eso. Yo soy tu segundo, y como el diablo no se mezcla... (Clavijo se dirige á la mesa.) ¡Escucha una palabra! Bien pensado, esto es una tontería. ¿Quién nos manda meternos con un aventurero irritado? Ni la conducta de este hombre, ni su posición, merecen que lo tengamos por nuestro igual. Por lo tanto, ¡oye! ¡Si yo diese parte de él á la justicia, diciendo que vino á Madrid en secreto y se hizo anunciar en tu casa con nombre supuesto, acompañado de un cómplice, y primero se ganó tu confianza con frases amistosas, y luego, cuando menos lo esperabas, te sorprendió exigiéndote esa declaración y marchándose en seguida para publicarla? Así se le cortan las alas y aprenderá lo que cuesta venir á turbar la paz de un ciudadano español.

CLAVIJO.—Tienes razón.

CARLOS.—¿Y si en el interin, mientras el proceso no

se entabla, pues el hombre puede hacernos toda suerte de jugarretas, fuésemos á lo seguro y nos apoderásemos de él?

CLAVIJO.—Entiendo y te conozco: eres hombre para eso.

CARLOS.—¡Estaría bien que yo, que pasaba de los veinticinco años y estaba presente, cuando el primero entre los hombres tuvo trasudores en el rostro, no pudiese llevar á término semejante broma! Es decir, que tú me dejas las manos libres; tú no tienes nada que hacer ni nada que escribir. El que hace encerrar al hermano, bien da á entender, por modo indirecto, que para nada quiere á la hermana.

CLAVIJO.—No, Carlos. Sea como quiera, yo eso no puedo tolerarlo, ni lo toleraré. Beaumarchais es persona digna, y no es cosa que por causa tan justa vaya á consumirse en vergonzosa prisión. ¡Busca otra idea, Carlos, otra idea!

CARLOS.—¡Bah! ¡bah! niñerías, No lo vamos á comer. Lo guardaremos bien, se le cuidará y no será tal vez por mucho tiempo. Porque, mira, cuando él olfatee que va de veras, con toda seguridad se le bajarán los humos, volveráse desconcertado á Francia y dará finas gracias si le señalan á su hermana una pensioncita anual, que probablemente será lo que única y exclusivamente se buscaba.

CLAVIJO.—Sea, pues, pero que se le trate bien.

CARLOS.—No tengas cuidado. Otra precaución hay que tomar. No sabemos si habrá quien charle, si ten-

drá el vientos de la cosa, si te se adelantará y quedará todo perdido. Por lo tanto, sal de tu casa sin que los criados sepan dónde vas. Haz sólo un paquete con lo necesario; yo te enviaré un mozo que cargue con ello y te acompañe á sitio donde no te encuentre ni la misma Santa Hermandad. Siempre tengo abiertas un par de madrigueras de ese género. ¡Adiós!

CLAVIJO.—¡Adiós!

CARLOS.—¡Aprisa, aprisa! Cuando la cosa haya pasado, hermano, razón será de recrearnos. (Vase.)

Casa de Guilbert.

SOFÍA. MARÍA trabajando.

MARIA.—¿Conque Buenco se marchó tan furioso?

SOFIA.—Era muy natural. Te ama; ¿cómo había de soportar la vista del hombre dos veces odioso para él?

MARIA.—Es lo más honrado y lo más bueno que he conocido. (Mostrando su labor.) Me parece que puedo hacerlo así. Aquí lo recojo y pongo encima el remate ¿Estará bien?

SOFIA.—Muy bien. Y yo voy á poner cintas paja á mi tocado. Es lo que me sienta mejor. ¿Te ríes?

MARIA.—Me río de mí misma. Las muchachas somos muy particulares. Apenas levantamos un poco la cabeza, al momento nos ocupamos de adornos y de cintas.

SOFIA.—Eso no puedes echártelo en cara; desde el

momento en que te dejó Clavijo, no tuviste gusto para nada. (María se estremece y mira á la puerta.) ¿Qué tienes?

MARIA.—(Quejándose.) Creía que venía alguien ¡Mi pobre corazón! ¡Oh, me matará! Toca; mira cómo late por este miedo inmotivado.

SOFIA.—¡Tranquilízate, por Dios, vida mía! ¡Estás pálida!

MARIA.—(Llevándose la mano al pecho.) Tengo aquí un peso y unas punzadas; ¡esto me matará!

SOFIA.—Cuidate.

MARIA.—Soy una loca y una desdichada. El dolor y la alegría han minado, con toda su violencia, mi pobre vida. Te digo que sólo es media alegría la de haberle recobrado. Poco gozaré de la dicha que me espera en sus brazos; quizás nada absolutamente.

SOFIA.—Hermana, mi sola querida; te consumes con tus aprensiones.

MARIA.—¿Por qué me he de engañar?

SOFIA.—Eres joven y feliz, y puedes esperarlo todo.

MARIA.—¡Esperanza! ¡Oh, ese dulce, único bálsamo de la vida deleitó mi alma muchas veces! Los sueños alegres de la juventud ofréncenseme acompañando la figura querida del hombre incomparable que hoy vuelve á mí. ¡Oh, Sofía! ¡Qué hechicero es! Desde que no le veo se ha... no sé cómo expresarlo. Todas las grandes cualidades que en otro tiempo ocultaba su modestia, se han desplegado. Se ha hecho un hombre, y este puro sentimiento de sí mismo con que se presenta, tan sin orgullo y sin vanidad, debe conquistarle todos los cora-

zones... ¿Y había de ser mío? No, hermana; yo no era digna de él. ¡Y ahora lo soy mucho menos!

SOFIA.—Tú acéptalo y sé feliz. Oigo á nuestro hermano que viene.

BEAUMARCHAIS entra.

BEAUMARCHAIS.—¿Dónde está Guilbert?

SOFIA.—Salió hace rato; ya no puede estar fuera mucho tiempo.

MARIA.—¿Qué tienes, hermano? (De un salto se pone en pie y le echa los brazos al cuello.) Hermano querido, ¿qué tienes?

BEAUMARCHAIS.—Nada; ¡dejame, María mía!

MARIA.—Si soy tu María, dime qué peso tienes sobre el corazón.

SOFIA.—Déjale. Los hombres suelen estar serios, sin tener precisamente nada que les pese sobre el corazón.

MARIA.—No, no. Hace poco tiempo que conozco tu cara, pero ya me revela cada uno de tus sentimientos. Leo en tu frente todo lo que pasa en tu alma franca y recta. Tienes algo que te ha sorprendido. Habla, ¿qué es ello?

BEAUMARCHAIS.—No es nada, vida mía. Espero que en el fondo no será nada. Clavijo....

MARIA.—¿Cómo?

BEAUMARCHAIS.—He ido á ver á Clavijo, y no está en casa.

SOFIA.—¿Y eso te trastorna?

BEAUMARCHAIS.—Su portero dice que salió de viaje, y no sabe adónde. Ninguno sabe por cuánto tiempo. ¡Si se negara!... ¡Si realmente estuviera de viaje!... Pero, ¿por que? ¿Con qué intento?

MARIA.—Le esperaremos.

BEAUMARCHAIS.—Tu lengua miente. ¡Ah! La palidez de tus mejillas, el temblor de tus miembros, todo habla y demuestra que no lo esperas, ¡hermana querida! (La coge en sus brazos.) Por este corazón palpitante, angustiado y conmovido, te juro... ¡Óyeme, Dios, que eres justo! ¡Óidme, todos sus santos! Serás vengada. Si él pierdo el sentido sólo con pensarlo—, si él se volviese atrás; si se hiciese reo de doble, infame perjurio; si se mofase de nuestra desventura... ¡No; no es posible! ¡No es posible! ¡Serás vengada!

SOFIA.—Todo eso es prematuro y anticipado. ¡Por Dios, hermano! ten consideración con ella. (María se sienta.) ¿Qué tienes? ¿Estás desfallecida?

MARIA.—No, no; te asustas en seguida.

SOFIA (va á buscar agua).—Toma el vaso.

MARIA.—Deja, ¿para qué?... Vaya, dámela.

BEAUMARCHAIS.—¿Dónde está Guilbert? ¿Dónde está Buenco? Haz el favor de enviarlos á buscar. (Sale Sofía.) ¿Cómo estás?

MARIA.—Bien, muy bien. ¿Tú piensas entonces, hermano?...

BEAUMARCHAIS.—¿Qué, querida?

MARIA.—¡Ah!

BEAUMARCHAIS.—Respiras con dificultad.

MARIA.—Este latir desbordado de mi corazón me quita el aire.

BEAUMARCHAIS.—¿No tenéis ningún remedio? ¿No usas calmantes?

MARIA.—Sólo sé un remedio, y hace mucho tiempo se lo pido á Dios.

BEAUMARCHAIS.—Espero que lo tendrás de mi mano.

MARIA.—¡Buena!

Entra SOFÍA.

SOFÍA.—Acaba de llegar un correo con esta carta; viene de Aranjuez.

BEAUMARCHAIS.—Es el sello y la letra de nuestro embajador.

SOFÍA.—Le dije al hombre que subiera para tomar algún refrigerio, y no quiso, porque traía otros des-pachos.

MARIA.—Querida; ¿Quieres enviar á la criada por el médico?

SOFÍA.—¿Te pasa algo? ¿Dios santo! ¿Qué te pasa?

MARIA.—Me fatigas tanto, que vas á conseguir que ni por precaución te pida un vaso de agua. ¡Sofía! ¡Hermano! ¿Qué dice esa carta? ¡Mira cómo tiembla, cómo se descompone!

SOFÍA.—¡Hermano! ¡Hermano mío! (Beaumarchais se arroja, sin hablar, sobre una silla y deja caer la carta.) ¡Hermano mío! (Recoge la carta y lee.)

MARIA.—Déjame que la vea; lo necesito. (Quiere levantarse.) ¡Ay de mí!... ¡Lo sentía!... ¡Es el último!... ¡Her-

mana, por compasión, el golpe de muerte!... ¡Nos vende!

BEAUMARCHAIS.—(Levantándose.) ¡Nos vende! (Golpeándose en la frente y en el pecho.) ¡Aquí y aquí! ¡Todo está tan negro, tan muerto en mi alma, como si el rayo hubiera paralizado mis sentidos! ¡María, María, te han vendido! ¡Y estoy aquí!... ¿Dónde? ¿Para qué?... No veo nada, nada; ni camino, ni salvación! (Se deja caer en la silla.)

GUILBERT entra.

SOFÍA.—¡Guilbert! Aconsejanos!... ¡Ayúdanos!... ¡Estamos perdidos!

GUILBERT.—¡Mujer!

SOFÍA.—¡Lee, lee! El embajador dice á nuestro hermano que Clavijo ha dado parte de él, acusándole de haberse introducido en su casa con nombre supuesto; de haberle amenazado en la cama con las pistolas, de haberle forzado á firmar una declaración. Dícete que, si no se aleja pronto del reino, lo meterá en una prisión, de donde tal vez ni el mismo embajador lo podrá sacar.

BEAUMARCHAIS (irguiéndose furioso).—¡Sí! Me llevarán, me llevarán; pero será arrancándome de junto á su cádáver, del sitio donde me haya saciado en su sangre. La sed más horrible y más espantosa de esa sangre me domina por completo. ¡Gracias te sean dadas, Dios del cielo, que así envías alivio y desahogo á los hombres, en medio de los dolores más insoportables y abrasadores! ¡Cómo siento la sed de venganza! ¡De qué ma-

CAPILLAS
UNIVERSIDAD DE MADRID

nera este sentimiento delicioso, esta gana de su sangre me saca de mi embotamiento y de mi indecisión estúpida! El apetito de su sangre me hace superior á mí mismo. ¡Venganza! ¡Qué placer experimento! ¡Todo me impulsa á buscarlo, á apoderarme de él y deshacerlo!

SOFIA.—¡Hermano, estás terrible!

BEAUMARCHAIS.—¡Tanto mejor! ¡Ah! No quiero espada ni arma alguna. Lo he de ahogar con estas manos, para que sea mío el gusto y mío por completo el sentimiento de haber acabado con él.

MARIA.—¡Mi corazón! ¡Mi corazón!

BEAUMARCHAIS.—No he podido salvarte, pero te vengaré. Olfateo su rastro; mis dientes apetecen su carne, mi paladar su sangre. ¿Me he vuelto fiera? En cada vena me arde, en cada nervio me vibra el ansia de ir en su busca. Odiaría eternamente al que me lo emponzoñase con veneno, al que me lo quitase de en medio asesinandolo. ¡Oh! Ayúdame á buscarlo, Guilbert. ¿Dónde está Buenco? ¡Ayúdame á encontrarlo!

GUILBERT.—¡Sálvate, sálvate! No estás en ti.

MARIA.—¡Huye, hermano mío!

SOFIA.—Llevadlo fuera; está matando á mi hermana.

Llega BUENCO.

BUENCO.—¡Váyase V., caballero! Bien lo había yo previsto; bien les puse sobre aviso de todo. Ahora buscan á V., y es perdido si no sale de la ciudad en este momento.

BEAUMARCHAIS.—¡Jamás! ¿Dónde está Clavijo?

BUENCO.—No lo sé.

BEAUMARCHAIS.—¡Lo sabes! De rodillas te pido que me lo digas.

SOFIA.—¡Por amor de Dios, Buenco!

MARIA.—¡Ah! ¡Aire! Aire! (Cae hacia atrás.) ¡Clavijo!

BUENCO.—¡Socorro! ¡Se muere!

SOFIA.—¡No nos abandones, Dios del cielo! ¡Vete, hermano mío, vete!

BEAUMARCHAIS.—(Se arrodilla de lante de Maria, que á pesar de todos los cuidados no vuelve en sí.) ¡Dejarte! ¡Dejarte!

SOFIA.—Pues quédate y piérdenos á todos como has muerto á María. Perciste, ¡oh, hermana mía, por la inconsideración de tu hermano!

BEAUMARCHAIS.—¡Hermana, no sigas!

SOFIA (con burla).—¡Salvador, vengador! ¡Ayúdame á ti mismo!

BEAUMARCHAIS.—¿Merezco eso yo?

SOFIA.—Devuélvemela y después vete á la cárcel, á la hoguera del martirio, derrama tu sangre, pero devuélvemela.

BEAUMARCHAIS.—¡Sofía!

SOFIA.—¡Ah, no existe; está muerta! ¡Pero... consérvate para nosotros! (Se echa en sus brazos.) ¡Hermano mío, consérvate para nosotros, para nuestro padre! ¡Apresúrate! ¡Apresúrate! Era su destino y lo cumplió. Un Dios hay en el cielo; ¡déjale á Él la venganza!

BUENCO.—¡Vamos, vamos! Venga V. conmigo, yo le ocultaré hasta que le procuremos el medio de salir del reino.

BEAUMARCHAIS (se echa sobre el cuerpo de María y la besa).—¡Hermana! (Lo separan y coge á Sofía, que se desprende; llévanse á María, y Buenco se va con Beaumarchais.)

GUILBERT y un médico.

SOFÍA (saliendo del cuarto donde han llevado á María).—
¡Es demasiado tarde, ya no existe; ha muerto!

GUILBERT.—¡Venga usted, caballero, vea usted mismo; esto no es posible!

ACTO QUINTO

Calle donde está la casa de Guilbert. Es de noche.

La casa está abierta. Tres hombres con ropones negros y hachas encendidas están delante de la puerta. Llega CLAVIJO embozado en su capa y con la espada debajo del brazo; un criado le precede con una luz.

CLAVIJO.—Te había dicho que evitaras esta calle.

CRIADO.—Habríamos tenido que dar un rodeo demasiado grande, y vuestra merced da tanta prisa... No está lejos de aquí el sitio donde espera D. Carlos.

CLAVIJO.—¿Y aquellos hachones?

CRIADO.—Un entierro. Venga vuestra merced, señor.

CLAVIJO.—¡En la casa de María! ¡Un entierro! ¡Mortal escalofrío recorre mis miembros! Vé y pregunta quién se ha muerto.

CRIADO (se acerca á los hombres).—¿A quién van á enterrar?

LOS HOMBRES.—A María Beaumarchais.

CLAVIJO.—(Se sienta en una piedra y se tapa la cara con el embozo.)

CRIADO (de vuelta).—Van á enterrar á María Beaumarchais.